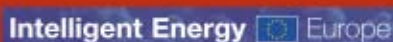
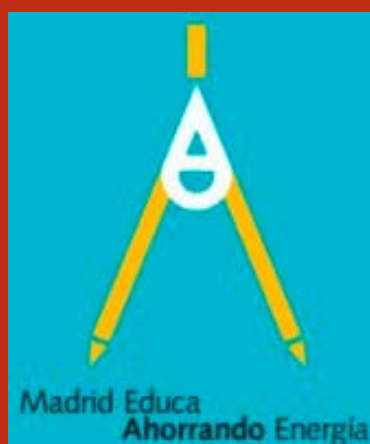


La Peonza Musical - Parte 1

Los Gurús de la Lluvia probablemente son como tú y yo, así que puede ser difícil verlos o saber quienes son. Sin embargo una cosa es cierta, ellos saben mucho más de la energía y el medio ambiente que la mayoría de la gente. Ellos saben que nuestras vidas día a día son más fáciles cuando tenemos mucha energía y conocen lo que pasará si nosotros simplemente continuamos usando más y más energía. Y lo que es más importante, ellos saben que podríamos hacer cada uno para conservar nuestra energía. Los Gurús de la Lluvia son energéticos, juguetones, curiosos y listos. Ellos tienen su propio universo y pueden usar su propio alfabeto. Un Gurú de la Lluvia es alguien que se preocupa por las cosas, y quien conoce como reducir el consumo de la energía en el mundo. El emblema de los Gurús de la Lluvia es una peonza musical mágica, un juguete super-energético.



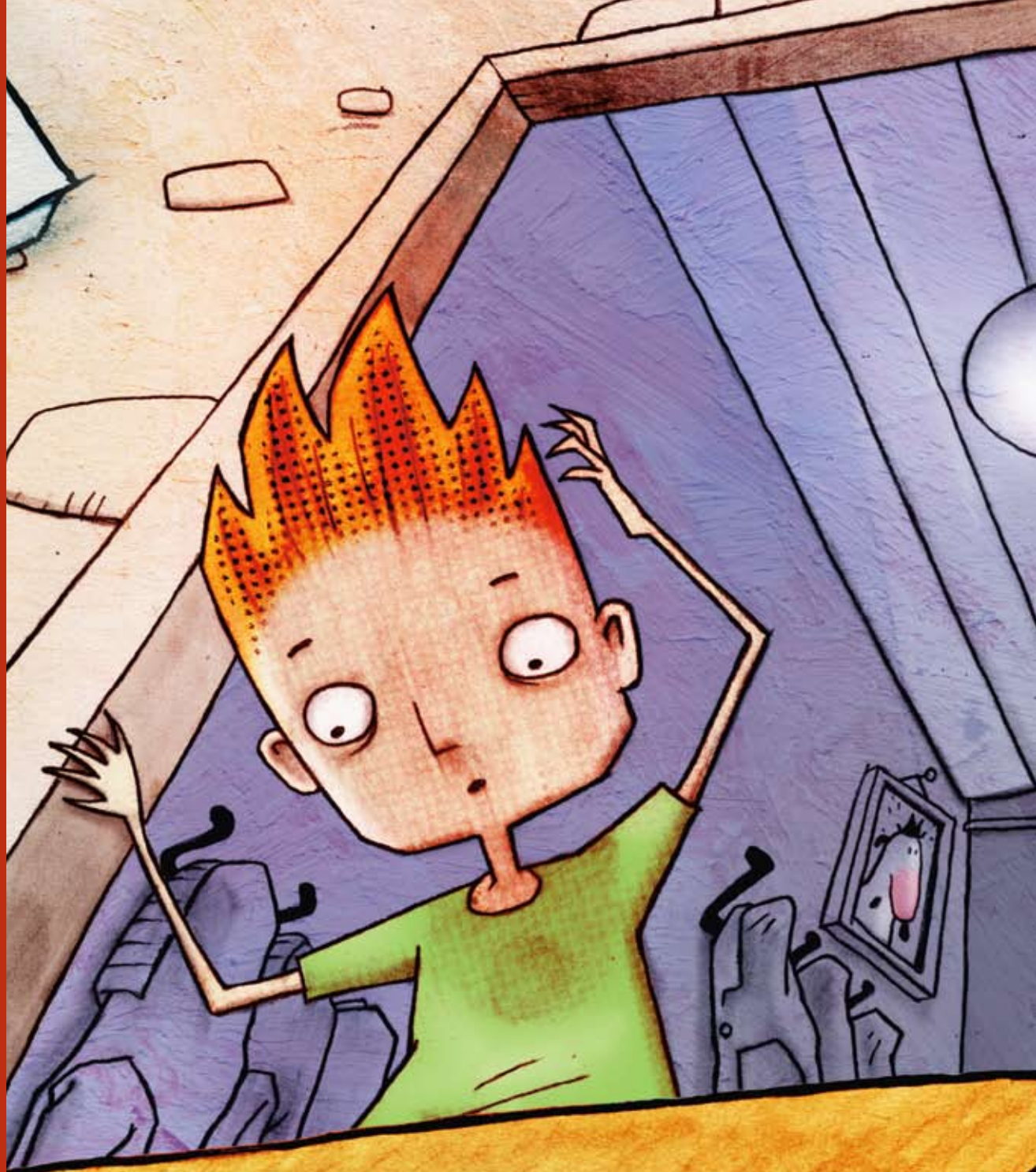
Con el apoyo de:



El contenido de este libro es responsabilidad del autor y no refleja necesariamente la opinión de la Comunidad Europea. La Comisión Europea no es responsable de cualquier posible uso que se realice de la información de este libro.

La Peonza Musical

Parte 1



**PARA:
RAMÓN
ROBLES**

¡URGENTE!

Los Gurús de la Lluvia

Esta es la primera parte de las tres que componen la historia de los Gurús de la Lluvia.

Esta historia está publicada en colaboración con la acción de la UE, Kids4Future, EIE/06/204/SI2.447395, "Creating Actions among Energy Conscious Children – Combining Education, Communication and Energy Knowledge in an Integrated Approach for a Sustainable Future".

Sobre el autor

Klaus Hagerup es el autor del universo de los Gurús de la Lluvia. Nació en Oslo en 1946. Es uno de los autores noruegos más conocidos, tanto de libros para niños como para adultos. Su madre, Inger Hagerup, es una escritora muy conocida y su padre escribió algunos libros para niños. Klaus Hagerup es también dramaturgo, instructor, traductor y actor.

© 2007 Enova SF/Regnmakerne
Autor: Klaus Hagerup, Noruega
Ilustraciones: Lars Hegdal, Noruega
Diseño: Scanpartner Trondheim, Noruega

Tipografía: The Sans 10.5/16 p
Papel: A4
Impresión:

Traducido al inglés por Tim Challman
Traducido al español por M. Ángeles Alonso Riera

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de cualquiera de las partes de este libro sin permiso escrito del autor.
Prohibido su uso comercial.



La Peonza Musical

- Parte 1 -



Capítulo 1

LA PEONZA MUSICAL

El domingo 14 de septiembre Ramón encontró un paquete en la puerta de su casa. Era del tamaño de una caja de zapatos y, en el papel de estraza que lo envolvía, estaban escritas con tinta negra las siguientes palabras: PARA RAMÓN ROBLES, ¡URGENTE!

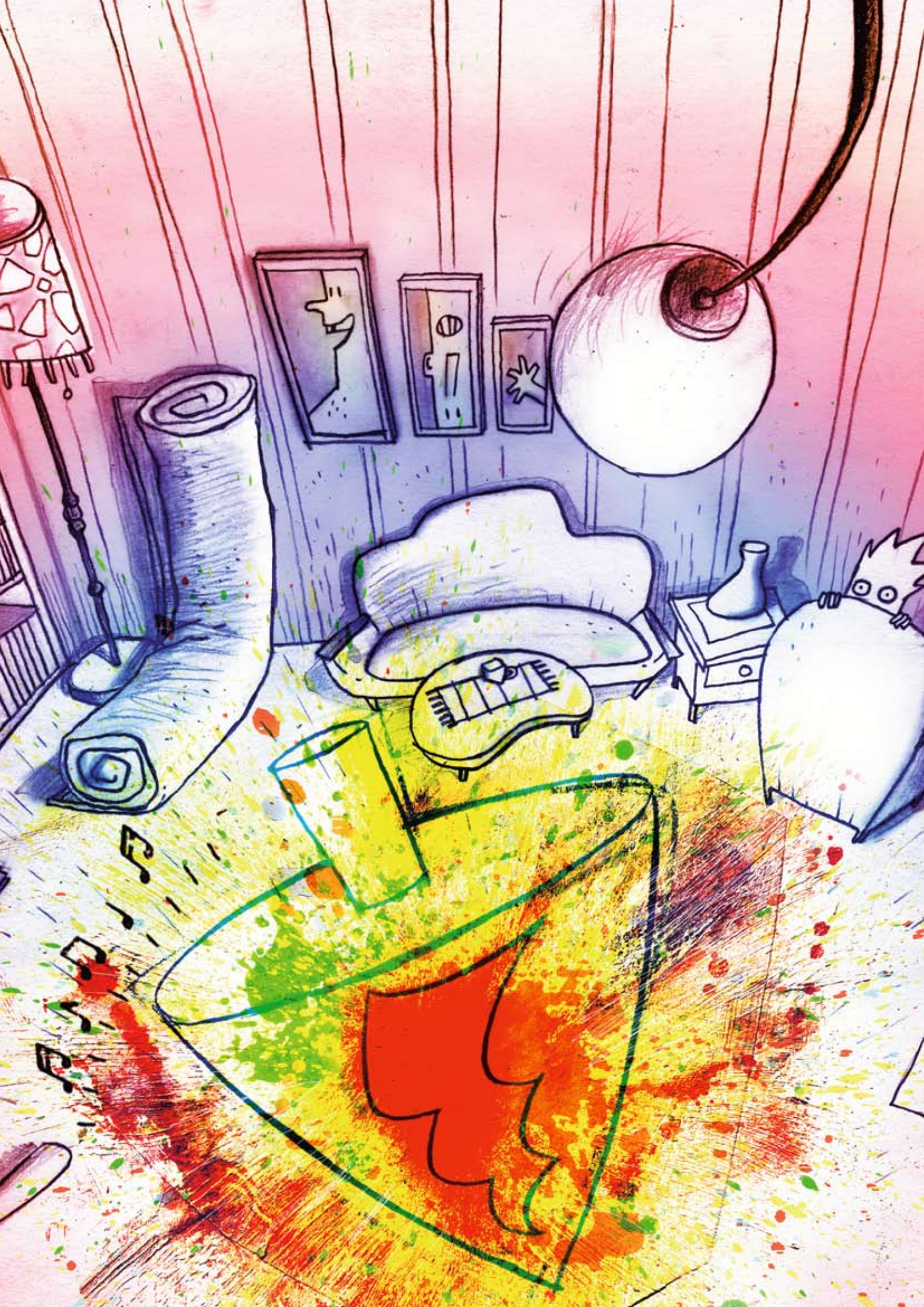
Si Ramón se hubiese parado a pensarlo, probablemente no lo hubiera abierto, porque había cosas que no encajaban. La primera, que no había sello en el paquete. La segunda, que no había dirección. La tercera, que hoy era domingo y el único correo que llegaba los domingos era el periódico, que el padre de Ramón leía en cinco minutos y su madre en diez. En cuanto a él, no leía más que las historietas y eso le costaba exactamente un minuto y quince segundos. En el peor de los casos, podía haber una bomba en el paquete y en el mejor podría ser una broma en la que alguien hubiera atado un trozo de cordel al paquete y fuera a dar un tirón en el momento en el que él se inclinase a recogerlo.

Cualquier tonto podría darse cuenta de que había algo extraño en ese paquete, pero Ramón no era cualquier tonto. Era increíblemente curioso. Tan curioso que su padre, su madre y sus profesores pensaban que su curiosidad se pasaba de la raya. Preguntaba todo lo que se le ocurría y se le ocurría preguntar por todo! ¿De dónde venía el calor del horno? ¿De dónde sacaban la velocidad los coches? ¿Por qué salían sonidos de la radio? ¿Por qué se veían cosas en la tele? ¿Cómo hacen la luz las lámparas? ¿De dónde viene el viento? ¿Por qué empieza a llover? ¿Qué les pasa a las flores cuando se marchitan?

Cuando encontró el paquete en la puerta, no se le ocurrió pensar que nada estuviera mal. Sólo pensó: ¿qué habrá en el paquete? Y, como su nombre estaba escrito en él y decía que lo abriera inmediatamente, lo cogió y lo abrió. No había nada raro dentro. Era una peonza. Era del tamaño de una pelota de fútbol, y tenía una cenefa de rayas de colores violeta, rojo, naranja, amarillo, verde, azul y añil. Parecía un pequeño arco iris alrededor de la peonza. La mayor parte de la gente que encontrara una peonza con una cenefa arco iris en su puerta se hubiera preguntado quién la puso allí, pero Ramón era extraordinariamente curioso y lo primero que pensó cuando hubo abierto el paquete fue: "¡me pregunto cómo girará!"

Fue al salón. Eran las 10 de la mañana, pero, como era domingo y no habían ido a trabajar, sus padres estaban durmiendo todavía.

Ramón empujó la mesa y las sillas de comedor contra la pared y enrolló la alfombra para dejarle a la peonza mucho espacio libre para girar. La colocó en el medio y la estabilizó firmemente con su mano izquierda. Entonces apretó hacia abajo el mango, tan fuerte como pudo. La peonza comenzó a girar y todos los colores del arco iris se fusionaron en uno, resultando el color más divertido que hubiera visto nunca. No era violeta, ni rojo, ni naranja, ni amarillo, ni verde, ni azul, ni añil. Eran todos los colores del mundo impactán-



dole en un único y brillante color que era pura emoción y...no pudo pensar en otra palabra:
¡vida!

Ramón miraba y miraba. La peonza giraba vertiginosamente mientras, al mismo tiempo, un leve sonido cristalino salía de ella. Al principio sólo era una nota, pero luego se convirtió en una canción:

Imagina la vida como un juego
Compartido
En un planeta donde es agradable estar
Piensa que fuéramos hojas,
Yemas, ramas, flores, nidos,
Y, de todos nuestros sueños,
El tronco fuera el hogar.

Deja a nuestro planeta vivir
Y siempre podrá seguir
Girando en el cielo azul
Suaves gotas caerán
Y aire fresco nos dará
La peonza gira y gira y con ella giras tú.

Que el agua, el fuego y el aire,
Sean hoy nuestros amigos
Juguemos todos en paz
En una pequeña peonza
Llamada Tierra,
Que podríamos purificar.
En una vida en la que los sueños
Se hagan realidad
Y no haya problemas,
Sino armonía y...

Deja a nuestro planeta vivir
Y siempre podrá seguir
Girando en el cielo azul
Suaves gotas caerán
Y aire fresco nos dará
La peonza gira y gira y con ella giras tú.

Danzan los gurús de la lluvia

Girando como peonzas.
Fuego, aire, tierra y agua es su canción.
Cantan y hacen jerigonzas
Y bailan con ilusión.
Si queremos, nunca terminará la melodía
Dándonos energía para todo el día.

Deja a nuestro planeta vivir
Y siempre podrá seguir
Girando en el cielo azul
Suaves gotas caerán
Y aire fresco nos dará
La peonza gira y gira y con ella giras tú.

Súbete en la gran peonza
Que la Tierra es para ti.
Nunca la dejes parar.
Debemos vivir la vida
Que hoy tenemos aquí.
Aplauda, baila, retoza
Con el calor que te da.
Disfruta de la energía
e inténtala conservar.

La Tierra es una peonza
No dejemos que se pare
Giremos con su esperanza
Suaves gotas caerán
Y aire fresco nos dará
En el cielo azul nosotros
Siempre debemos bailar.

La Tierra es una peonza
No dejemos que se pare
Giremos con su esperanza
Suaves gotas caerán
Y aire fresco nos dará
En el cielo azul nosotros
Siempre debemos bailar.



Durante toda la canción la peonza había estado bailando en el suelo al compás de la música. Cuando la música se acabó, se paró y se quedó en el suelo ladeada. Parecía casi viva mientras bailaba. Ahora era una simple peonza. La recogió. No, no había nada especial en ella, excepto la cenefa arco iris. Pero, sin embargo, había cantado y, aunque Ramón nunca había oído esa canción antes, casi se la había aprendido de memoria:

“Imagina la vida como un juego
Compartido
En un planeta donde es agradable estar...”

Había estado jugando con la peonza pero, al mismo tiempo, le parecía que la peonza había estado jugando con él.

“La peonza gira y gira y con ella giras tú...”

Sin saber por qué, Ramón estaba seguro de que la peonza había estado girando especialmente para él y de que era su canción la que había cantado la peonza. Una canción que conocía, aunque no la hubiera escuchado nunca antes.

- ¡Es un gran misterio! - se dijo Ramón en voz alta. Y se emocionó, porque le entusias-
maban los misterios, particularmente si eran grandes.

- Tiene que haber algo en esa canción - dijo.

Ramón no tenía hermanos con quienes hablar y, por eso, hablaba bastante a menudo consigo mismo.

- Es una especie de mensaje. Para mí. Un mensaje de texto. Es normal mandar men-
sajes en el móvil. Pero no había oído que nadie mandase mensajes a través de una peonza,
o con una peonza, o desde una peonza, o como se diga... En cualquier caso da igual cómo
se diga, lo más importante es... Allí arriba, en alguna parte, los gurús de la lluvia estaban
bailando en el cielo.

¡Gurús de la lluvia! Quizá pudieran ayudarle a resolver el misterio, pero ¿quiénes eran los
gurús de la lluvia? ¿Por qué bailaban en el cielo entre todos los lugares posibles? Y, en nom-
bre del cielo, ¿qué tenía todo eso que ver con él?

- En cualquier caso, el cielo no está aquí dentro – dijo - ¡está ahí fuera!
Dos segundos y medio más tarde, salió al patio de la entrada. Miró hacia arriba. El cielo
estaba azul y sin nubes, pero no pudo ver nada bailando allí arriba.

- Puede que los gurús de la lluvia sólo bailen cuando la peonza está cantando - dijo

para sí. El patio estaba asfaltado, así que no fue muy difícil hacer bailar a la peonza. Enseguida empezó a cantar y Ramón miró al cielo de nuevo. Tampoco esta vez vio ningún gurú de la lluvia, pero vio otra cosa. Vio una estrella.

Eran las 10 y media. El sol brillaba, el aire era claro y el cielo azul. A pesar de eso, Ramón Robles había visto una estrella en el cielo. Una estrella que no había visto nunca antes. Estaba justamente encima de él y parpadeaba... no, no parpadeaba: centelleaba... no, parpadeaba. Parpadeaba como una luz de neón que está a punto de fundirse. Brillaba, se apagaba un segundo y volvía a brillar. Luego volvía a apagarse y a brillar de nuevo. Y vuelta a apagarse. La peonza se paró. Ramón volvió a hacerla bailar, pero ahora el cielo estaba vacío. Cuando se volvió a parar Ramón volvió a ponerla en marcha con todas sus fuerzas. Volvió a mirar hacia arriba. La estrella no estaba. Pero vio una nubecilla que venía flotando hacia él desde la lejanía. Cuando se acercó, Ramón vio que no era una nube corriente. Parecía más bien un tornado de Florida, como los que había visto en la tele. Había mirado, más bien temeroso, como rodaban destrozando edificios, derribando árboles y haciendo volar a los coches por el cielo como si fueran globos. ¡Si un tornado había llegado a esta zona sería espeluznante! Casi había corrido dentro de casa para despertar a sus padres, cuando el tornado se paró a pocos cientos de metros por encima de su cabeza. Entonces se convirtió en una nube completamente normal. Un momento más tarde comenzó a llover y la nube estaba en medio del sol radiante.

Las gruesas gotas de lluvia le golpearon en la cara. Lamió un par de gotas y descubrió con gran sorpresa que estaban saladas. Escudriñó la nube, cerró los ojos y los volvió a abrir. Era difícil de creer, pero seguía viendo lo que había visto. No era el fantástico arco iris que salió de la nube y descendió hacia el patio donde él estaba lo que era increíble. Lo increíble fue la chica que se deslizó desde la nube, aterrizando elegantemente a sus pies.

-Hola - dijo - Mi nombre es Regina. Soy una gurú de la lluvia.

Ramón sacudió la cabeza.

-No, eres un sueño.

Ella le cogió de la mano.

- ¿Estás seguro de eso? - le preguntó.







LOS GURÚS DE LA LLUVIA

Mientras Ramón había estado mirado la peonza, había tenido la vertiginosa sensación de que había estado girando con ella. Eso casi le mareó. Ahora estaba completamente quieto y se sentía mareado de veras.

Había estado completamente seguro de que la niña que vino deslizándose desde el cielo en un arco iris, debía ser algo que había soñado. Esta clase de cosas no ocurren en la realidad. Pero cuando le cogió de la mano, pareció como si le recorriera una sacudida eléctrica. Y esa clase de cosas no suceden en los sueños. En sus sueños Ramón conocía a menudo a gente que parecía casi real. A esas personas podía verlas, podía hablar con ellas y jugar con ellas, pero había una cosa que no podía hacer: no podía tocarlas. Si intentaba tocarlas parecía que intentaba rascar el aire. No importaba lo reales que parecieran, las personas que encontraba en sus sueños solían parecer sombras. No estaban hechas de carne y hueso y no existían en el mundo real, incluso si parecían vivas en su mente. La chica que estaba frente a él era de carne y hueso. Cuando le cogió de la mano había sentido una sacudida eléctrica, como si ella hubiera encendido la luz dentro de él. Todavía le tenía fuertemente cogido de la mano. Sintió que se ruborizaba y la niña le sonrió.

- Vi que estabas aquí iluminado - dijo ella estrujándole la mano.

Ramón sintió que su cara se ponía aún más caliente y pensó que ahora parecería un tomate muy maduro. Ella le miró complacida.

-¡Ahora sí que estás colorado, ¿eh?!

Ramón no supo qué contestar, pero no era necesario decir nada, porque ella se había puesto a decir:

- Casi todo el mundo que se pone colorado, pasa más vergüenza después de sonrojarse. A la mayoría de la gente no le gusta ponerse colorado, pero los gurús de la lluvia pensamos que es magnífico sonrojarse, porque, entonces, el calor sube a las mejillas y, si abrazamos a alguien cuando somos buenos y estamos sonrojados, compartimos ese calor con la persona a la que abrazamos y, de ese modo, estamos ayudando a que el mundo siga. ¿Me entiendes?

Ramón apenas consiguió mover la cabeza antes de que la chica le diera un abrazo. Cuando terminó de abrazarle, su cuerpo estaba ardiendo, de la cabeza a los pies y se dio cuenta de que ella también estaba carmesí.

- ¿Ves? Ahora yo también estoy brillante – dijo - ¿No es hermoso?

- No sé - murmuró él.

- Por supuesto que es hermoso - dijo la chica, que ahora sonaba como si fuera un poco superior. (Como los mayores cuando quieren explicar algo a un niño y están seguros de que el niño no lo va a entender) - Cuando te abracé compartimos nuestro calor y también pusimos el aire a nuestro alrededor más caliente de lo que lo estaba antes de abrazarnos y lo maravilloso es que, aunque desprendimos parte de nuestro calor, no perdimos nada de él. Porque el calor que está dentro de nosotros se renueva y se renueva mientras...

- ¡Mientras vivamos! - exclamó Ramón.

Le salió así. No tenía ni idea de por qué lo dijo, pero fue como si supiera mucho más de lo que de hecho sabía.

La niña asintió y le miró como un profesor que estuviera a punto de decirle en clase que había sido un chico listo.

- ¿Entiendes lo que quiero decir? - dijo ella.

- No - dijo Ramón - No entiendo absolutamente nada.

Después de que la niña hubiera bajado por el arco iris, todo había ido tan deprisa que Ramón no había tenido tiempo de asimilar correctamente nada de nada. Ella había estado hablando casi todo el tiempo y, por fin, había cerrado la boca unos segundos. Ahora él tenía tiempo de pensar.

Había dejado de llover. La nube y el arco iris habían desaparecido y el cielo estaba tan azul como antes. La peonza yacía en el suelo. La niña estaba a menos de un metro de él. Su cara aún estaba colorada. Era más o menos de alta como él, pero un poco menos llenita. Llevaba pantalones rojos, una camiseta amarilla, un jersey añil, zapatos violeta y calcetines azules. Alrededor del cuello lucía un pañuelo amarillo que parecía de seda. Su media melena era de un pelo muy negro. Sus ojos eran marrones y, aunque su cara estaba todavía colorada, notó que su piel estaba bronceada, como si acabase de volver de un viaje a las montañas. Ramón sabía que, cuando dejase de estar ruborizado, su cara volvería a ser del color rosado que tenía siempre. Esto le avergonzaba un poquito, pero era el color que tenía su cara así que trataba de vivir con él lo mejor que podía. La niña se llamaba Regina; así lo había dicho. Y también había dicho que era un gurú de la lluvia. Peculiar, pensó Ramón, pero no tuvo tiempo de pensar en ello detenidamente.

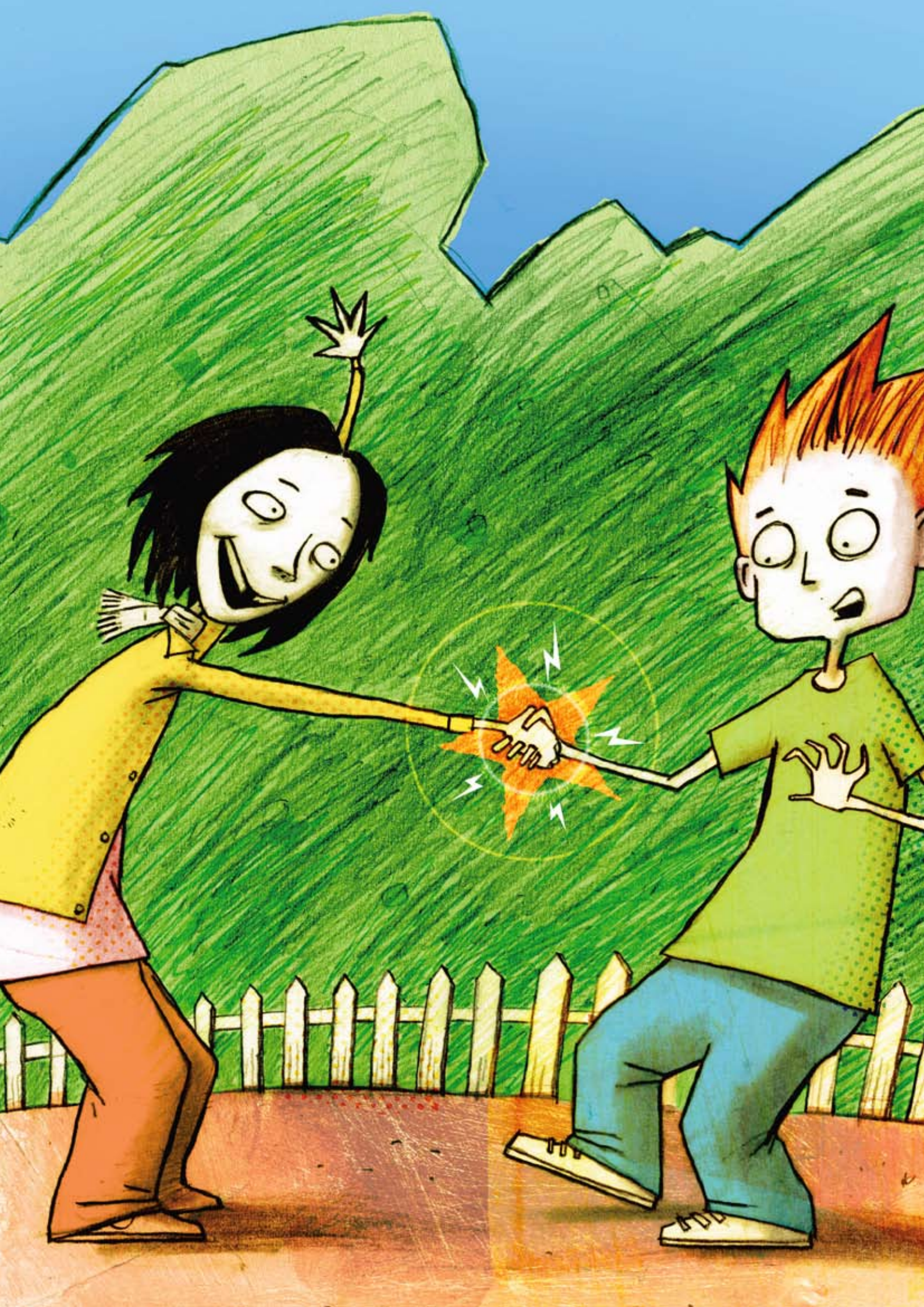
- ¿Qué es lo que no entiendes? - preguntó Regina.

- Nada.

- Creí que habías dicho que no entendías “absolutamente nada”.

- Pues eso...

- Bueno, dejémoslo...Dime lo que no entiendes exactamente.



Ramón pensó profundamente, pero había tanto que pensar que sus pensamientos se embrollaron de tal manera que, si su cerebro hubiera sido una caña de pescar, tendría nudos por todas partes.

- No entiendo cómo la lluvia puede estar salada - dijo.

Eso fue lo único que se le ocurrió decir, pero no era lo único que tenía en la cabeza.

Regina se puso triste de repente.

- Porque estaba llorando.
- ¿Qué la lluvia eran tus...?
- ¿Mis lágrimas?
- Sí.
- Desde luego que no.



Ramón se tranquilizó. Las cosas ya eran bastante extrañas. Si la lluvia salada hubieran sido las lágrimas de Regina, eso ya hubiera sido el colmo.

- La lluvia estaba salada porque se había mezclado con mis lágrimas, - explicó ella - Estaba llorando porque Jonia está muriéndose.

- ¿Jonía?

- Sí. El planeta de donde vengo. Tú mismo lo pensaste.

- ¿Cómo sabes que yo lo pensé?

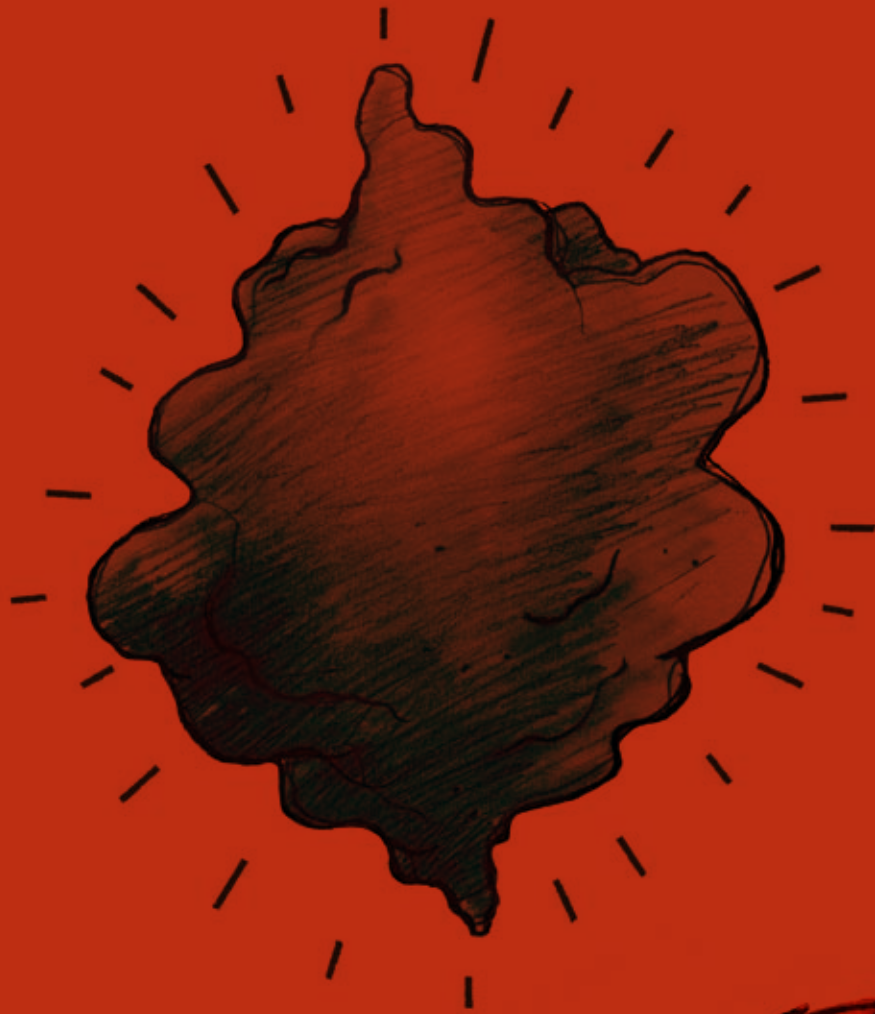
- Bueno...tú también eres un gurú de la lluvia.

- ¿Qué yo soy un gurú de la lluvia?

- Desde luego que lo eres. Por eso he venido hasta aquí.

Ramón sintió un zumbido en su cabeza. Era como si todo estuviese dándole vueltas dentro...como una peonza. Suspiró.

- ¿Podrías decirme, por favor, DE QUÉ ESTÁS HABLANDO?



Capítulo 3



LA HISTORIA DE REGINA

Regina puso los ojos en blanco.

- ¿Te das cuenta de que hay gente que cree que el único lugar en el universo en el que hay vida es en este planeta enano?

Ramón no replicó. Sabía que mucha gente no creía que hubiera vida en otros planetas. Él se lo había planteado de vez en cuando pero, precisamente ahora, ya no estaba convencido. Y, aunque lo hubiera estado, no hubiera dicho nada. Estaba tan interesado en lo que Regina le fuera a decir que se había quedado sin habla.

Se habían sentado en el banco verde de la parte baja de jardín. La peonza con la cenefa arco iris yacía en la mesa de madera, frente a ellos. A su lado había otra peonza completamente idéntica. Ramón no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Había aparecido, sin más. De repente. Era entonces cuando se había quedado sin habla. Por lo menos se sentía como si hubiera perdido la voz. Su garganta y su lengua estaban como entumecidas y notaba la boca seca. Intentó decir "Hola, ¿de dónde vienes?", pero lo único que consiguió articular fueron unos cuantos gruñidos. Eso le vino muy bien, de hecho, porque estaba más interesado en oír lo que Regina tenía que decir que en hablar él mismo. Tenía preguntas que hacer pero, sobre todo, estaba interesado en escuchar. Esa era una de sus buenas cualidades y era una cualidad bastante inusual para un chico de su edad. Bueno, bastante inusual para cualquier chico de cualquier edad.

Regina abrió los brazos con desesperación.

- ¿Has oído alguna vez algo tan estúpido?

Ramón meneó la cabeza en un gesto que podía significar sí, pero también no.

-En realidad es obvio que hay vida en millones de planetas en el espacio - siguió ella. - De hecho, es muy reconfortante pensar eso, ¿no crees?

Ramón sonrió tímidamente. En verdad era agradable pensarlo, especialmente si hay vida amistosa ahí fuera. Si la vida fuera hostil, sin embargo, no sería tan agradable.

- En la mayoría de los planetas la vida es diferente de la de aquí - dijo Regina - no es

exactamente de vida humana de lo que hablamos, pero tampoco aquí hay vida humana.

- Aquí sí hay - dijo Ramón, descubriendo que, después de todo, sí que era capaz de hablar.

Regina negó con la cabeza.

- ¿Qué porcentaje de vida humana crees que hay en la Tierra? - preguntó con un poquito de arrogancia.

- Un quince por ciento, aventuró Ramón (aunque no tenía ni idea).

- ¿Quince por ciento?

- Sí...o catorce...o algo así.

- Tonterías.

- ¿Tonterías?

- ¡Absolutas tonterías!

- ¿Cómo lo sabes?

- Observa

- ¿Dónde?

- ¿Y yo qué sé? - dijo Regina - tienes que averiguarlo tú mismo. Yo no soy de este planeta, pero sois menos de una centésima parte. Y si tienes en cuenta toda la vida del universo, entonces no sois ni una millonésima parte. ¡Los terrícolas no sois los más importantes del universo!

De hecho Ramón ya había pensado eso exactamente, pero no le había gustado la idea; porque, si los humanos no fueran los más importantes del universo... ¿cómo serían los que lo fueran? Cada vez que había imaginado seres como lagartos gigantes, con ojos flamígeros y grandes garras, había intentado pensar en otra cosa. Y ahora estaba pensando en esa niña completamente normal y a la vez completamente anormal, sentada a su lado en el banco.

- ¡Tú tampoco lo eres!

Regina se rascó el cuello bajo el pañuelo de seda amarillo.

- Yo tampoco lo soy... ¿qué quieres decir?
- Que tú tampoco eres lo más importante del universo.
- Yo no he dicho eso, ¿verdad?
- No lo eres porque eres humana.
- No, soy joniana.
- Es lo mismo.

Ramón tenía el presentimiento de que se iban a enzarzar en una tremenda discusión, pero, afortunadamente, ella sonreía.

- Sí, dijo. Es más o menos lo mismo.
- Pero... tú dijiste...
- Lo que dije es que en la mayoría de los planetas la vida es totalmente diferente de la de aquí, pero no en todos. Después de todo hay...
- Millones...
- Millones de millones, y sería muy raro que en algunos de ellos no hubiese formas de vida parecidas. Y la vida en Jonia...
- ¿Se parece a la de la Tierra?
- Sí, excepto que somos mucho más avanzados, lo que significa que vamos para atrás mucho más deprisa, ¿comprendes?
- Naturalmente, dijo Ramón – Cualquiera comprendería que, cuanto más avance algo, en realidad va más rápido en la dirección equivocada.
- ¿No me crees? - dijo Regina.
- No - dijo Ramón.
- Entonces, escucha.
- Eso es lo que hago.
- Los jonianos nos ahogamos en nuestro propio progreso - dijo Regina, rascándose de nuevo el cuello - ahora somos bastante inteligentes.
- Pues como los humanos - dijo Ramón.
- Más - dijo Regina volviéndose a rascar el cuello - los jonianos hemos vivido en Jonia exactamente el mismo tiempo que los humanos en la Tierra. Tenemos el mismo clima y tanto aire, tierra y agua como aquí, pero descubrimos la electricidad, los coches, la televisión y los ordenadores hace varios siglos. Nos calentamos con carbón, gasoil, gas y energía nuclear mucho antes que vosotros lo hicierais. Jonia hubiese sido un lugar maravilloso para vivir si no hubiera sido por...

La niña se rascó el cuello por cuarta vez. Su pañuelo se había deslizado hacia abajo y Ramón pudo ver el lunar rojo que se había estado rascando.

2

puss med elektrisk tann
du skal ikke spare

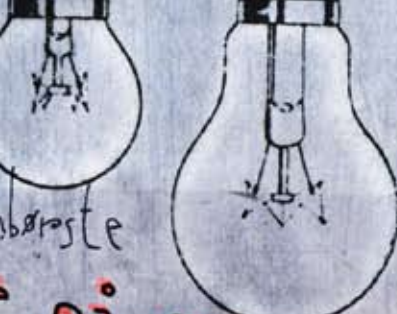
Laneten

IONIA



★ Robokokk ★





børste

IKKE SKRU
av
VEGGSKJERMENE



5:

IKKE GÅ
hit

SKOLE



På energi
ta alt du kan få

BRUK
&
KAST

bruk alt så fort du kan



- No sé exactamente cuándo las cosas empezaron a ir mal – continuó.- Nos pilló por sorpresa. Cuando los jonianos eran pobres, también eran ricos al mismo tiempo, de alguna manera, porque se tenían unos a otros, se ayudaban y se cuidaban mutuamente. Ahora tenemos de todo y somos ricos en ese aspecto material, pero ya no contamos unos con los otros y, como resultado, somos pobres también. Hoy la mayoría de los jonianos sólo piensan en sí mismos. Viven en casas grandes con las que se puede hasta viajar: por eso se llaman casas rodantes. Todas las casas rodantes tienen por lo menos una pantalla plana en cada habitación. Todas tienen chorros de agua caliente que funcionan durante todo el año, así que la temperatura es de 52 grados y medio constante en el cuarto de baño. Los jonianos nunca friegan las habitaciones de sus casas: eso lo hace un regulador de habitaciones invisible, que está conectado con los cables de la calefacción que van por el suelo, techo y paredes. El polvo y la suciedad de las casas rodantes son aspirados por unos tubos que también se usan para conducirlos. Como las casas se utilizan como si fueran coches, no tienen bodegas, ni sótanos, sino que todo el suelo es un almacén de energía insonorizado, con grandes tanques que contienen el gas, el gasoil, el petróleo y todos los combustibles necesarios para hacer funcionar la casa rodante. Los jonianos no cocinan. Eso lo hacen los pequeños robots de cocina, que funcionan por control remoto... Están conectados a una caja de fusibles en el suelo energético de la casa. Debido al ruido y a la suciedad que hay allí abajo, hay ascensores todo alrededor de las casas rodantes, y así no tienen que ver toda la mugre que se acumula bajo sus suelos, porque los jonianos están muy orgullosos de la gran cantidad de energía que usan. En nuestra fiesta nacional se da un premio a la familia que ha gastado más energía en el año. El premio es una casa rodante en el campo. Pero, este año han sacado un nuevo premio, porque casi todos los jonianos tenían ya su casa rodante en el campo, con todo funcionando durante todo el año, de modo que estuviera caliente y acogedora cuando sus propietarios la fueran a usar en las vacaciones de invierno. Por cierto, no hay mucho tiempo libre en invierno en Jonia, pero tenemos grandes máquinas de nieve que hacen nieve artificial y la esparcen por el planeta de diciembre a marzo. Las casas de campo rodantes son más pequeñas que las urbanas y un poquito más primitivas. En ellas los jonianos pueden hacerse sus sándwiches o freír un huevo, si quieren relajarse, pero no lo hacen a menudo, porque los jonianos son muy activos y usan toda su energía para amontonar todos los objetos materiales que pueden conseguir para no hacer nada. ¿Quieres escuchar sus 10 mandamientos?

La niña continuó sin esperar respuesta.

1. Sólo debes pensar en ti mismo.
2. No debes ahorrar energía.
3. Debes quedarte con todo lo que puedas conseguir.
4. Tienes que tener encendida la calefacción durante todo el año.
5. No debes ir andando al colegio.
6. No debes montar en bici.

7. Tienes que consumir todo lo que tienes lo más rápidamente que puedas.
8. No debes compartir tus cosas con nadie.
9. Nunca debes apagar las luces.
10. Solo te limpiarás los dientes con cepillo eléctrico.

- ¿Cepillo eléctrico? - preguntó Ramón atónito.

- Sí - dijo Regina, pero creo que ese mandamiento en particular sólo lo pusieron para hacer bulto. Lo triste es que en Jonia la esencia de la vida es consumir lo más que se pueda en el mínimo tiempo posible y ahora la mayor parte de Jonia está arruinada, a menos que...

- ¿A menos que qué?

Ramón contuvo el aliento hasta que Regina dijera exactamente lo que dijo:

- A menos que los gurús de la lluvia podamos salvarla.

- ¿Nosotros?

- Sí, tú también eres un gurú de la lluvia.

- ¿Cómo lo sabes?

- Pasaste la prueba.

- ¿Qué prueba?

- Cuando oíste la peonza musical, miraste al cielo y la viste.

- ¿Te refieres a la estrella que brillaba? ¿Era....?

- Exacto, pero no era una estrella. Era Jonia. Todavía no está totalmente muerta.

- Sí que lo está.

- No, ¡mira!

Ramón echó hacia atrás la cabeza. Al principio sólo vio el cielo, pero luego fue como si una trampilla azul se abriese allá arriba y él pudiese captar dentro un destello de la luz

parpadeante de Jonia, el planeta moribundo. Un instante después la trampilla se cerró y el cielo volvió a ser tan azul como lo había sido antes.

Regina miró a Ramón con ansiedad.

- ¿Lo has visto?

- Sí - dijo Ramón. - Está muriéndose.

- Definitivamente eres un gurú de la lluvia - dijo ella. - Solo los gurús de la lluvia pueden ver planetas moribundos.

Ramón se sintió repentinamente triste.

- ¿De verdad tienen que morirse?

Regina asintió.

- Todos los seres vivos han de morir, tarde o temprano. Jonia podía no haber muerto en muchos años, pero ahora está a punto de morir. Mañana es nuestra fiesta nacional. Me temo que mi planeta no podrá sobrevivir a ese día, a menos que me ayudes a salvarlo.

- ¿Yo? No puedo...

- Creo que sí puedes - dijo Regina rascándose el cuello.

- ¿Cómo?

- Podemos hablarlo cuando estemos allí.

- ¿Allí, dónde?

- En Jonia.

Ramón volvió a mirar hacia el cielo. Parecía más bien vacío, pero la trampilla azul estaba entreabierta y pudo ver una débil luz parpadeante dentro.

- ¿No creerás que puedo llegar allí arriba? - dijo Ramón.

- ¡Claro que puedes! Sólo necesitas un poco de energía extra.

- ¿Y de dónde voy a sacarla?

- De ti mismo.

- No tengo mucha energía...

- Pero puedes crearla.

- ¿Y cómo se hace eso?

Regina sonrió con satisfacción.

- Con ayuda de la peonza musical, por supuesto.

Capítulo 4



EN ALGÚN LUGAR DEL CIELO

Cuando Ramón se despertó por la mañana, no tenía ni idea de lo que iba a pasar unas horas más tarde. Si lo hubiera sabido, probablemente se hubiera asustado tanto que no hubiera podido salir de la cama. Y entonces, lo que pasó no hubiera pasado, él no hubiera experimentado lo que experimentó y el día no hubiera sido tan interesante como fue. Afortunadamente, nunca sabemos con antelación lo que la vida nos depara. El futuro es un libro cerrado en el que no sólo intentamos leer: se supone que también escribimos en él.

Cuando Regina dijo que Ramón podía subir hasta Jonia con la ayuda de la peonza musical, se subió encima de la mesa. Se arrodilló y empujó el émbolo de la que estaba al lado de la que había recibido Ramón. La peonza empezó a girar, pero Regina no la soltó. Agarrada a ella, ambas, Regina y la peonza, comenzaron a bailar juntas. Cada vez más deprisa. Al principio parecían dos arco iris, luego se fundieron en uno y después, el arco iris se convirtió en un solo color y luego el color desapareció. La peonza y Regina parecían una nube de polvo. La nube se paró a un par de metros de la mesa, sin dejar de bailar. Y él escuchó la voz impaciente de la niña saliendo de la nube de polvo:

- Bueno, ¿vienes o no?

Ramón no se consideraba un chico especialmente valiente. Le daba miedo la oscuridad, se sobresaltaba con los truenos y no le gustaba montar en los tiovivos. Además, tenía vértigo. La sola idea de volar por el aire sentado en una peonza en movimiento le parecía impensable. Sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo. Cuando Regina le gritó, él se subió a la mesa, apretó el mango de la peonza con todas sus fuerzas, y se agarró a ella con fuerza. Aunque todo pasó muy deprisa, él se sintió como si estuviera en una secuencia de cine a cámara lenta. Como en un sueño. Sabía que se estaba moviendo con una velocidad tremenda, pero se sentía como si estuviera parado. "Como la Tierra", pensó. "Ella también gira y nosotros ni nos damos cuenta". Un segundo más tarde pareció como si su cuerpo se hiciera cada vez más ligero, como si flotara en el aire y, en realidad, eso era lo que estaba haciendo. Se sentó en la peonza de la cenefa arco iris y se elevó hacia el cielo. Y no estaba asustado. Miró hacia abajo. La Tierra ya estaba muy abajo, lejos de él. Echó un vistazo a los lados. Regina flotaba junto a él. Desde el suelo quizá pareciera una



nube de polvo, pero desde allí arriba, donde él estaba flotando, parecía una chica corriente. Ella le hizo una seña con la mano y él le correspondió con otra.

- ¿Estás bien sentado? - preguntó ella.

- Sí - le gritó él.- Estoy bien sujeto.

- No es necesario que te sujetes. Estás flotando por ti mismo
- dijo Regina. - Y no tienes por qué gritar. Aquí arriba nos podemos
oír fácilmente en centenares de metros a la redonda.

Tenía razón. Estaban, al menos, a cincuenta metros uno de otro,
flotando en un lugar de la atmósfera que Ramón nunca hubiera
imaginado que existía. Abrió la boca y escuchó un leve
tarareo. Era como un eco, pero ahora se oía un dueto. Una
voz de niña, que era la de Regina, y otra de chico, que era
la suya. Cerró los ojos. Todo estaba en silencio, salvo el
tranquilo susurro del espacio y las voces de los dos gurús de
la lluvia en su camino hacia el planeta Jonia:

— “Imagina la vida como un juego
Compartido
En un planeta donde es agradable estar
Piensa que fuéramos hojas,
Yemas, ramas, flores, nidos,
Y, de todos nuestros sueños,
El tronco fuera el hogar.

Deja a nuestro planeta vivir
Y siempre podrá seguir
Girando en el cielo azul
Suaves gotas caerán
Y aire fresco nos dará
La peonza gira y gira y con ella giras tú...”

Quando se acabó la canción, continuaron flotando un rato en silencio. Ramón
no estaba mareado en absoluto. Se sentía como un pájaro. Los pájaros no
tienen vértigo - pensó. - Si lo tuvieran nunca despegarían para volar. Pero,
desde luego, yo no soy un pájaro. Soy un niño. Y, sin embargo, no tengo vér-
tigo, porque, si lo tuviera, no estaría volando.



- Se me ha quitado el miedo a volar - dijo.

- Me alegra oírlo - replicó Regina. - Conocí a algunos gurús de la lluvia a los que nunca se les quitó. Se suelen quedar en sus planetas, pero ya es algo tenerlos ocupados en sus planetas, ¿no?

- ¿Dónde?

- En los planetas de dónde son.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque sino, no habría gurús de la lluvia en ellos ¿no crees?

Ramón tomó aliento. No era aire normal lo que sintió en su garganta pero, fuera lo que fuera, podía respirarlo y eso era lo que importaba.

- Oye... ¿qué es un gurú de la lluvia? - preguntó.

Regina flotaba por encima de él.

-Un gurú de la lluvia es alguien que ve lo que va mal y hace algo por evitar que las cosas vayan empeorando - contestó ella. - Un gurú de la lluvia es alguien que se preocupa.

- ¿Qué se preocupa de qué?

- De algo más que de sí mismo.

- Y... ¿cómo sabes que yo soy así?

- Porque eres increíblemente curioso y eso es lo mismo que preocuparse. - Ramón se sintió desconcertado. Se sonrojó pero, como sabía que Regina pensaba que ponerse colorado era bueno, su vergüenza se le pasó enseguida.

- No soy tan curioso - dijo.

- ¿Qué no? He oído que preguntas por todo lo que despierta tu curiosidad y que te despiertan la curiosidad todas las cosas. Cómo se produce el calor de un horno y de dónde viene la velocidad de los coches. Por qué salen sonidos de una radio, por qué se ve la televisión y por qué luce una lámpara. De dónde sale el viento. Por qué empieza a llover y qué les pasa a las flores cuando se marchitan.



Ramón volvió a ponerse colorado. Se sentía como si le hubiesen pillado en el mismo momento en el que estuviera haciendo algo de lo que debiera avergonzarse, pero no podía evitar que existieran tantas cosas que le intrigaran.

- ¿Cómo sabes todo eso? - preguntó.

Regina se rió.

- ¡Siempre tan curioso!

- Sólo me preguntaba cómo...

- Me lo dijo un gurú de la lluvia.

- ¿Y cómo lo sabía él?

- Querrás decir ella.

- Bueno, pues ella.

- Porque es una compañera tuya de clase.

- ¿Hay una gurú de la lluvia en mi clase?

- Sí.

- ¿Cómo se llama?

- Rosa Ronda

- ¿Y ella es una gurú de la lluvia? ¡Si casi nunca dice nada!

- No tienes que hablar mucho para ser un gurú de la lluvia.

- Pero tú dijiste que...

- Puedes encontrar las respuestas a lo que te produce curiosidad sin preguntar.

- ¿Cómo puedo hacer eso?

- Te daré algunas pistas: Libros, periódicos, radio...

- Internet.
 - ¡Bravo!, vas mejorando.
 - ¿Hay más magos de lluvia, además de Rosa y yo, en mi clase? -preguntó Ramón, pretendiendo ignorar la ironía de su tono de voz.
 - Hay tres más.
 - ¡Tres! ¿Cuántos hay en toda la escuela?
 - Cuarenta y cuatro, contando los dos profes.
 - ¿Profes? Pero ellos son mayores, ¿no?
 - Sí - dijo Regina muy seria. - Pero también hay gente mayor que se preocupa.
 - ¡Caramba! - dijo Ramón. - Nunca había pensado eso antes. ¿Cómo es un gurú de la lluvia?
 - Un gurú de la lluvia puede ser alto o bajito, gordo o delgado, moreno o de pelo rubio. La apariencia física no importa. Lo que importa es lo que hace. Nadie nace gurú de la lluvia, pero todos podemos serlo. Y los que llegan a serlo tienen una cosa en común.
 - Y ¿qué es?
 - Tienen mucha energía y la comparten con los demás.
- Ramón estuvo a punto de decir que él no se sentía con mucha energía ahora mismo pero, entonces, una trampilla se abrió en el cielo, justo delante de ellos. Regina se dirigió directamente allí y desapareció por ella. Y, como a Ramón no le gustaba particularmente la idea de quedarse flotando solo por el universo, la siguió.
- Al otro lado de la trampilla el cielo era exactamente igual de azul. Ramón miró hacia abajo y vio algo que parecía un gran océano. No era ni azul ni verde, pero era una masa ondulante, amarilla, roja y rosa bajo él. A veces parecía como si el océano se separase y podía ver un destello de luz en la distancia, como si alguien en el fondo del mar les estuviese mandando señales de socorro.
- Éste es el océano más hermoso que he visto nunca - dijo Ramón.

- No es un océano - dijo Regina. - Es una capa de gases y, por desgracia, tenemos que atravesarla.

- Ya - dijo Ramón - Quiero decir... no he entendido nada.

Regina se rascó el cuello.

- Se ha echado tanto gas a la atmósfera en mi planeta que se ha formado como un escudo. Eso hace que el calor que sube desde Jonia no pueda salir y la temperatura aumenta cada vez más.

- ¿Y eso es bueno? - preguntó Ramón, con la convicción de que no era bueno en absoluto.

- Los jonianos creen que sí. Se han construido tantas casas allí abajo, que ya casi no podemos encontrar materiales. Sin embargo, se sigue construyendo continuamente con muy poco aislamiento. Y, aunque los almacenamientos de energía están funcionando a toda máquina, los jonianos piensan que hace mucho frío durante el invierno, cuando se hace la nieve artificial. Así que son felices por todo el calor que pueden tener y no se preocupan de dónde lo sacan...

- ¡Eso es espeluznante!,

- Muy espeluznante, sí. Todos los glaciares se están derritiendo. Casi no queda agua potable y el nivel del océano está subiendo. Mira: hay un agujero en el escudo de gas. ¡Tenemos que darnos prisa, entremos antes de que se cierre del todo!

- Espera un momento - dijo Ramón, que no estaba muy interesado en quedarse atrapado debajo de la capa de gas. - Olvidé coger mi bañador. Quizá debiera volver y...

Pero era demasiado tarde. Regina ya se precipitaba hacia abajo como una flecha, en dirección al escudo de gas, desapareciendo tras una abertura que iba a ser sellada de un momento a otro por una nube rosa. Ramón contó rápidamente hasta tres, se tapó la nariz y se zambulló tras ella. Por un instante pensó que estaba yendo directamente hacia el gas y que moriría en el intento, pero enseguida estaba en el otro lado. Sobre su cabeza quedaba una de las más hermosas pero más peligrosas nubes que hubiera visto nunca. Bajo él estaba el planeta Jonia.

Estaban a pocos kilómetros de la superficie y Ramón pensó que Jonia no era muy diferente de la Tierra, vista desde un avión, como la vio cuando fue a las islas Canarias con sus padres el año pasado. Justo debajo de él había una gran ciudad. Parecía completamente normal

hasta que se dio cuenta de que los edificios se movían. Al principio no podía creer lo que veían sus ojos, pero entonces se acordó de lo que Regina le había contado de las casas rodantes. Los jonianos las movían para ir a trabajar, para llevar a sus hijos al colegio o visitar a los amigos, dando un paseo por el barrio. Bueno, no... dando un paseo no, claro: ¡conduciendo! Toda la ciudad se movía. Por una parte, le pareció muy divertido, aunque pensó que debería ser muy difícil encontrar nada en una ciudad en la que los edificios estaban continuamente cambiando de sitio.

- Eso no es problema - dijo Regina, que, obviamente podía leer sus pensamientos.

Bueno, de hecho a Ramón no le había parecido muy raro. Porque, desde que se levantó por la mañana temprano, había experimentado mogollón de cosas mucho más extrañas.

- Todas las casas rodantes forman parte de un mapa dinámico que registra todos los cambios de posición y lleva a la gente a donde quiere ir automáticamente. Lo que ves abajo es la capital. Vamos a aterrizar en el parque.

Regina señaló un rectángulo marrón en el que no había ninguna casa rodante.

- Se ve muy bonito - dijo Ramón.

- Sí - dijo Regina orgullosa. - Incluso hay un árbol. Y hemos conseguido una ley que prohíbe que aparquen aquí casas rodantes.

- ¿Hemos?

- Sí. Los gurús de la lluvia de Jonia.

- ¿Sois muchos aquí?

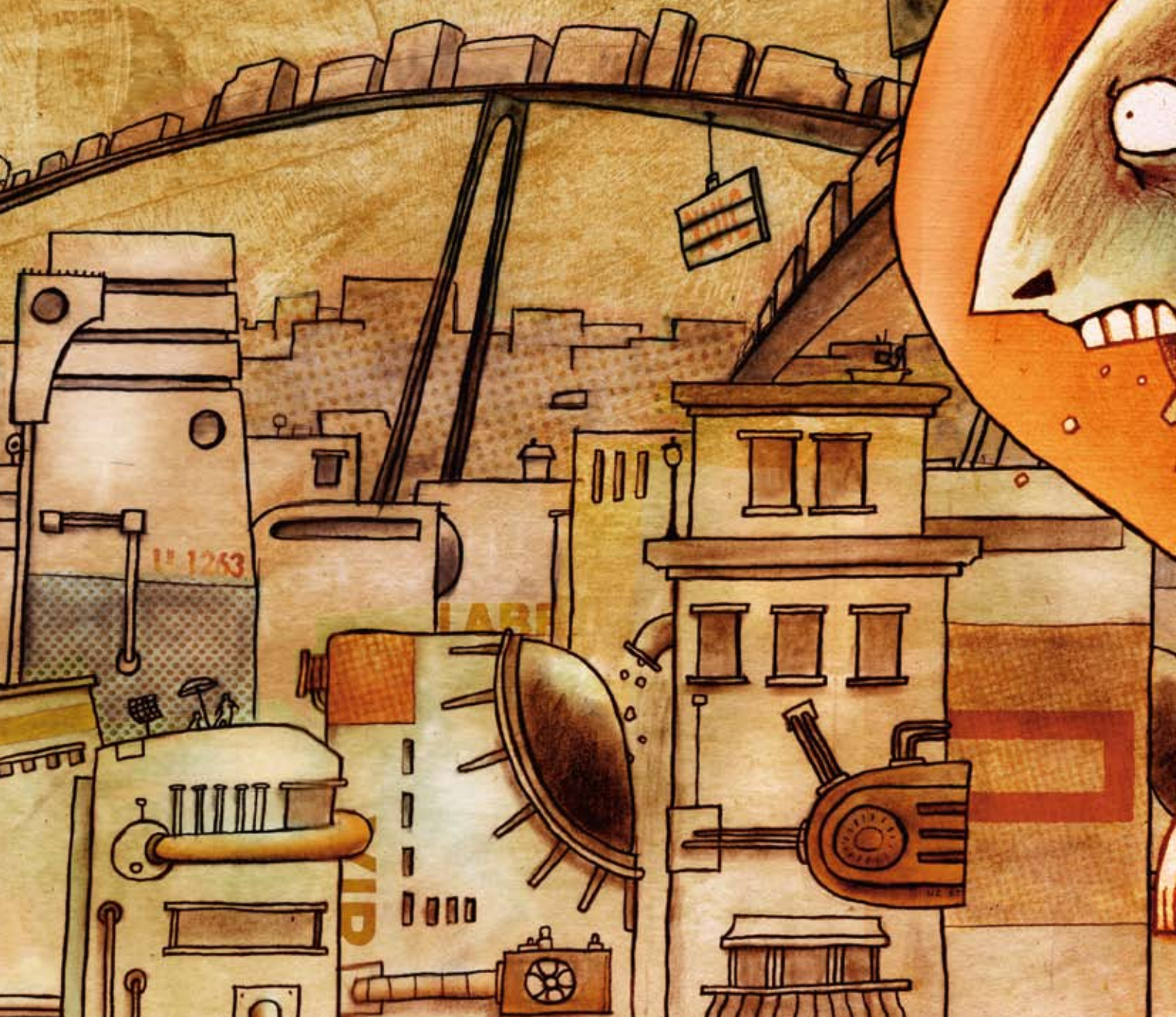
- Desafortunadamente sólo cuatro, pero hacemos todo lo que podemos.

- Bueno, ahora somos cinco - dijo Ramón. - ¡Venga, aterricemos!

De repente Ramón se sintió un poquito orgulloso de ser un gurú de la lluvia y casi se empotró en algo que se movía, cuando notó la mano de Regina que le agarraba del cuello de la camisa, reteniéndole.

- ¿Estás loco? Ibas lanzado a esa casa rodante.





- ¿Lanzado?

- Sí. Tu peonza gira a mucha velocidad. Si no lo hiciera no podrías gravitar.

- Mi peonza no está girando - dijo Ramón. - Estamos flotando.

- Eso te parece a ti, porque yo estoy girando tan rápido como tú - dijo Regina con impaciencia. - A nosotros nos parece que estamos parados pero, para los jonianos que nos ven, parecemos dos tornados.

- Entonces será mejor que dejemos de girar - dijo Ramón.

Regina agitó los brazos, volviendo a impacientarse.

- ¡Claro, muy bonito! Y entonces caeremos como piedras y moriremos aplastándonos contra el suelo.

- Pues... ¿cómo vamos a aterrizar?

- Deslizándonos por un arco iris, naturalmente.

-¿Qué arco iris?

- El que nosotros hagamos.

- Nosotros no podemos hacer un arco iris ¿o sí?

- Pues claro que podemos hacer un arco iris. Somos gurús de la lluvia. Y ahora me apuesto algo a que me vas a preguntar cómo lo vamos a hacer. ¿Me equivoco?

- No - dijo Ramón - De hecho siempre me he preguntado cómo se hacía un arco iris.

-Se hacen con lluvia y sol, por supuesto - contestó Regina. - Cuando los rayos del sol atraviesan las gotas de lluvia, aparece el arco iris. Mira: ahí está nuestro sol.

Señaló a un punto en el cielo que era más o menos amarillo. Ramón pudo ver los rayos del sol penetrando a través de la capa de gas.

- Y por allí hay dos nubes de lluvia.

Regina señaló dos pequeñas nubes grises, un poco más allá, debajo de ellos.

- Todo lo que tenemos que hacer es dirigir las nubes hacia los rayos del sol. Entonces haremos que llueva y nos aseguraremos de que un extremo del arco iris acabe en el parque.

- ¿Así de simple? - dijo Ramón.

- Sí - dijo Regina. - Así de simple.

Y, dicho esto, se dirigió a una de las nubes. Ramón la siguió.

- Yo cogeré esta nube; tú coge la otra - dijo desapareciendo en ella.

- Bueno... me parece que no tengo elección - se dijo Ramón. Y voló hacia la otra nube.

Dentro todo era gris. Sacó la cabeza hacia fuera y vio que la nube de Regina se movía en el cielo en dirección a los rayos del sol. "Me parece que tengo que intentar hacer eso yo también" pensó, volviendo a meter la cabeza en la nube. Giró, rodó, se contorsionó y volvió a sacar la cabeza. La nube de Regina estaba ya en el entorno de los rayos solares, pero la suya iba en dirección contraria.

- ¡Estoy haciendo moverse a la nube! ¡Estoy girando tan deprisa que el viento que creo propulsa la nube! ¡¡¡Soy un avión!!!

Dio un cuarto de vuelta, descubriendo que podía dirigirla. Entonces puso rumbo a la otra nube, donde Regina estaba esperándole y haciéndole señas impacientemente.

- ¡Regina! - gritó. - ¿Dónde estás?

- Aquí mismo - dijo la voz aguda de Regina junto a él.

Se movió a tientas en la gris oscuridad y cogió su mano. La apretó. Ella también apretó la suya. Ramón sintió perlas de humedad resbalando por sus mejillas. En ese momento la nube se abrió. Los rayos de sol la atravesaron y Ramón miró hacia abajo, desde un extrañamente hermoso arco iris que se extendía hasta el planeta, allí abajo.

- Ahora ya podemos dejar de girar - dijo Regina.

- ¿Cómo?

- Así - dijo ella.

Se bajó de la peonza y la dejó balancearse por su cuenta encima del arco iris. Ramón la imitó. Ella aún le tenía de la mano. Entonces le empujó sobre el arco iris. Ramón nunca hubiera creído que fuese posible deslizarse por un arco iris hecho de rayos de sol y gotas de lluvia, pero lo era.

Cerró los ojos mientras caía y pensó que éste debía ser el más fantástico tobogán de todo el universo.

Capítulo 5



C.G.L.

Aunque era verdaderamente divertido caer por el arco iris, Ramón estaba un poquito nervioso. Tarde o temprano aterrizaría y no sabía si iba a ser un aterrizaje agradable o un buen golpe. El arco iris tenía más de un kilómetro de largo y él se deslizaba con mucha velocidad hacia el parque. No sabía si aterrizaría en blando o no. Hizo un aterrizaje de zambullida.

¿De dónde había salido esa charca? Y el agua no estaba fría. “Debe estar a 30 grados”, pensó. Y estaba a punto de empezar a nadar cuando oyó la voz de Regina:

- No es profunda y estás cerca de la orilla.

Ramón miró a su alrededor. Había aterrizado en medio del parque. El estanque no era mayor que una piscinita, pero no olía a cloro, como el agua de la piscina en la que solía nadar en verano en casa en la Tierra. Este agua sabía dulce, casi como almíbar. Y también parecía almíbar, aunque no fuera tan espesa. Nadó hasta la orilla y fue hasta Regina, que estaba de pie bajo un enorme árbol muy cerca del estanque. Detrás de ella, en el suelo, estaban las dos peonzas. Ramón se dio cuenta que la hierba del parque era marrón en lugar de verde. Regina se rascó el cuello

- Te caíste al agua - dijo.



- Ya lo sé.

- Es un parque grande - continuó, - y el estanque es pequeño, pero tú te las has arreglado para aterrizar en él.

- No lo hice a propósito.

- Ya... tuviste suerte.



Regina se rió y Ramón no supo si debía enfadarse o reírse también él. Ella tenía una risa contagiosa. Tan contagiosa que hizo que los pájaros gorjearan en el árbol, como riéndose.
-¿Pueden reírse los pájaros en Jonia? - preguntó.

La risa en el árbol se hizo más sonora.

- Eso no son pájaros - dijo Regina.

- Entonces ¿qué son?

- ¡Tigres! - gritó una voz desde lo alto del árbol.

- ¡Leones! - gritó otra.

- ¡Panteras! - gritó una tercera.



- O... digámoslo de otra manera - dijo la primera voz.

- ¡Somos gurús de la lluvia! - exclamaron las tres voces a la vez.

En ese instante dos chicos y una chica saltaron del árbol. Cayeron justo al lado de Ramón y empezaron a hablar todos a la vez:

- ¿Vienes de la Tierra?

- ¿Has tenido buen viaje?

- Encantada de conocerte.

- ¡Que suerte que caíste ahí dentro!

- Yo soy Raúl.

- Y yo Renata. Y ése chico de ahí es mi hermano pequeño. Se llama...

- Me llamo Rubén - dijo el más joven de los tres. - ¿Y tú cómo te llamas?

- Me llamo Ramón - dijo Ramón.

- Ya lo sabía - dijo Rubén, metiéndose el dedo en la boca.

Renata se lo sacó.

- Se supone que no debes chuparte el dedo - le dijo severamente.

- Puedes coger una alergia en los labios por eso.

- Bueno, el riesgo merece la pena. - Y le tendió la mano a Ramón. - Soy uno de los gurús de la lluvia más pequeños del universo - dijo él con orgullo.

Ramón le estrechó la mano y Rubén hizo una reverencia tan profunda que su cara casi tocaba el suelo.

- Ten cuidado con la hierba - dijo Renata. - Puedes coger alergia en la cara.

- Ese es el precio a pagar por ser bien educado - dijo Rubén, guiñándole un ojo a Ramón, que pensó que, aunque parecía que ese niño no tuviera más que cuatro o cinco años, hablaba como un mayor.

- Tienes que secarte - dijo Raúl. - El agua no es totalmente....

- ... pura - dijo Renata

- Probablemente es uno de los estanques más contaminados del universo - dijo Rubén, - pero sigue siendo divertido nadar en él... cuando no mira nadie, claro.

Renata volvió a mirarle severamente.

- Pero no es algo que yo haga - se apresuró a decir el niño. - Bañarme en un estanque absolutamente contaminado... ¡desde luego que no! Te tienes que quitar el agua de encima ahora mismo.

- ¿Dónde puedo hacerlo? - preguntó Ramón, sintiendo como si sus ropas se le pegaran repentinamente al cuerpo.

- En el cuartel general - dijo Regina. Y se rascó el cuello.

- ¿De qué cuartel general estás hablando?

- Del cuartel general de C.G.L., naturalmente.

- Que significa Club de Gurús de la Lluvia - dijo Renata.

- Está en el árbol - dijo Regina.

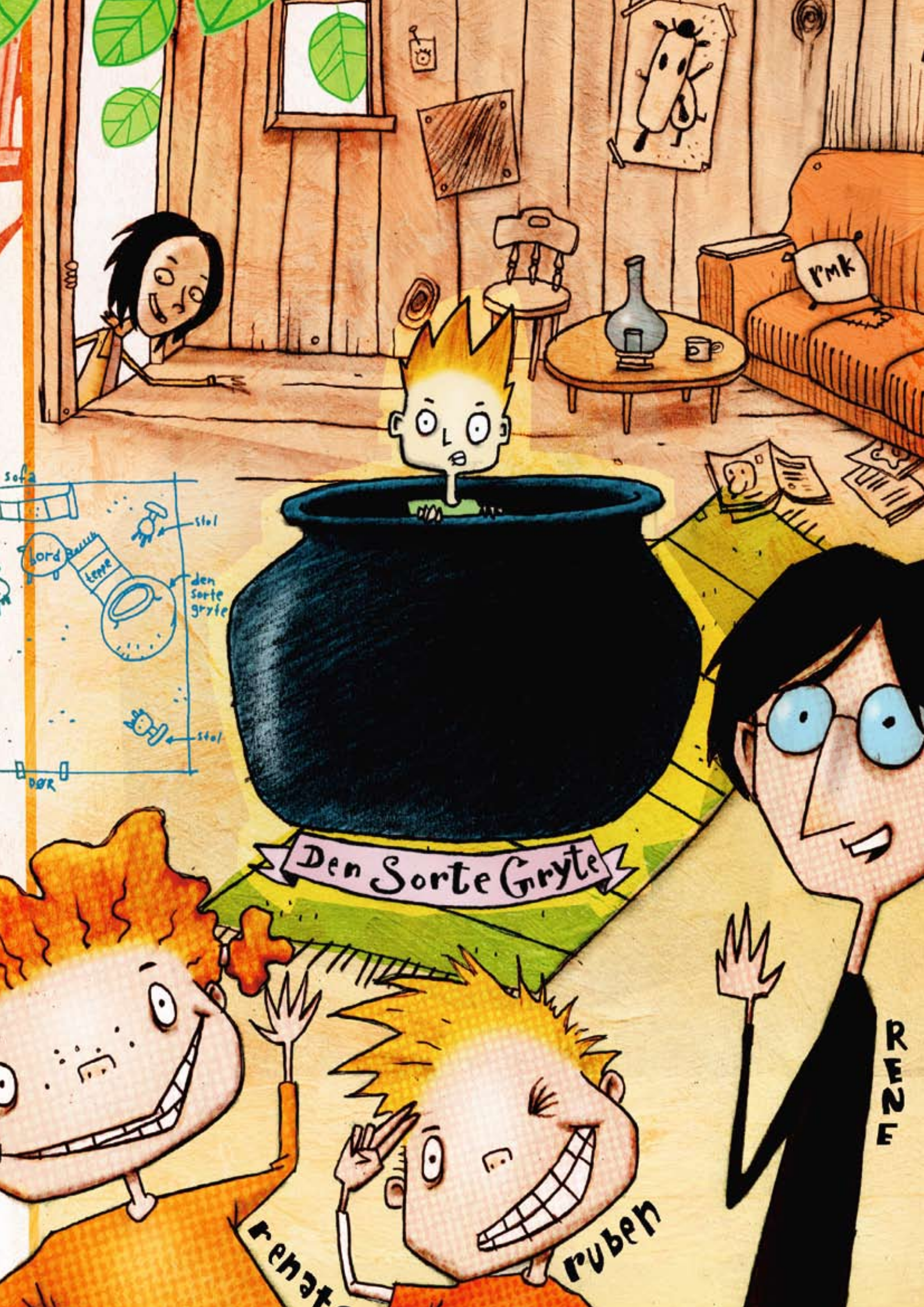
- ¡Venga!, el último en subir va al punto negro.

El último en subir, por supuesto, fue Ramón, aunque trepó tan rápido como pudo y aunque se le habían pasado todos sus miedos a las alturas después del viaje por el espacio. Era un árbol grande, con gruesas ramas y grandes hojas que escondían la entrada de una pequeña casita hecha de planchas de madera, que era conocida como el cuartel general.

Ramón entró tras ellos en la estancia, que era sorprendentemente amplia. En el suelo había cuatro sillas de madera, un sofá y una mesa. En la mesa había una pequeña lámpara de aceite. La habitación sólo tenía una ventana, cuya vista daba a las ramas y las hojas del árbol. Delante de la ventana había una gran maceta negra.

- Ése es el punto negro - dijo Rubén. - Te tienes que meter en él.

Ramón estaba a punto de protestar cuando Regina le explicó que no era una maceta corriente, sino un artilugio limpiador que habían inventado y construido ellos mismos.



Den Sorte Gryte

renat

ruben

RENE

- Esto es lo que conserva las hojas verdes en el exterior - dijo Raúl.

- Y el aire fresco aquí dentro - añadió Renata.

- Sabíamos que ibas a ser el último en llegar arriba - dijo Rubén. -Por eso dije lo del punto negro. Y ahora deberías meterte dentro rápidamente, o pillarás una alergia.

- Sí. Me escuece el cuello - dijo Ramón.

- Nos pasa a todos. Es muy difícil impedir que nos salga alguna alergia. Eso significa que te estás convirtiendo en uno de nosotros.

Ramón se metió en el artilugio. Así que eso explicaba que Regina se hubiese estado rascando el cuello continuamente... Tenía una alergia.

"No estoy seguro de querer ser uno de ellos", se dijo a sí mismo. "Debería continuar siendo terrícola."

- Pero creo que ha sido un placer conocerlos.

- Pero ¿qué? - dijo Rubén.

- ¡Oh!, nada - dijo Ramón, introduciéndose en la maceta, que empezó a girar.

"¡Oh, no!", pensó. "Ya estoy dando vueltas otra vez. Lo siguiente será que este artilugio despegará y me veré otra vez en el espacio." Afortunadamente no sucedió eso, sino que la maceta siguió rodando, produciendo una especie de silbido chirriante, similar al que había escuchado en una tormenta en las montañas la Semana Santa pasada. Duró unos minutos y luego se apagó.

Ramón estaba un poco atontado, pero no estaba mareado. Había girado tanto recientemente que había quedado inmune a los mareos y vértigos. Se puso de pie en la maceta.

Raúl, Renata y Rubén aplaudieron.

- Tienes mucho mejor aspecto ahora - dijo Renata.

Ramón asintió. Se sentía mejor.

- ¡Aquí está! - dijo Regina, - Limpio y reluciente.

- Pues continuemos - dijo Rubén, volviéndose hacia la salida.

- Eso es - dijo Renata. - El concurso es mañana.

- Y entonces será visto y no visto - dijo Rubén.

- ¿A dónde...? - empezó a decir Ramón. Pero no llegó a terminar la pregunta. Los cuatro jonianos estaban saliendo ya del cuartel general y bajando por el árbol.

Ramón se apresuró tras ellos. Y, cuando saltaba al suelo desde la última rama, Raúl, Renata y Rubén ya estaban fuera del parque, mientras Regina estaba junto al estanque, esperándole.

- Date prisa - le dijo. - O llegaremos tarde.

- ¿Qué vamos a hacer?

-Vamos a intentar salvar el planeta Jonia.

Ella echó a correr y Ramón la atrapó enseguida. Regina resoplaba y jadeaba. Se notaba que no estaba en buena forma, aunque fuera una gurú de la lluvia.

-Si era tan urgente... ¿por qué no habéis venido antes a buscarme?, -preguntó Ramón.

- Porque... nosotros...pensábamos que podríamos solucionarlo por nuestra cuenta - contestó Regina casi sin aliento. - Acostumbramos a valernos por nosotros mismos.

Entonces corrieron por una calle que era la más ancha que Ramón había visto en su vida. Una bocina resonó detrás de él. Regina le empujó a un lado de la calle y una casa de tres pisos le adelantó con un ruido ensordecedor. Un niño pequeño le saludó con la mano desde una ventana del tercer piso.

- ¿Todas las casas son tan grandes como ésta? - preguntó Ramón.

Regina negó con la cabeza.

- Sólo las más pequeñas.

- ¿Las más pequeñas?

- Sí. La gente edifica un piso más cada vez que tiene un hijo. La gente de esa casa sólo

debe tener un hijo.

Había conseguido decir todo sin tomar aliento. Cuando terminó de hablar, parecía tan cansada que Ramón temió que se desmayara.

- Deberías descansar.

- Ya lo sé - suspiró. - Pero ahora no puedo. Ya casi estamos.

- ¿Dónde?

- Aquí.

Se paró en una enorme superficie asfaltada, rodeada por una alta valla metálica, erizada de púas en su parte superior. En el extremo más alejado había un edificio de ladrillo que parecía tener, por lo menos, un kilómetro de largo.

Los otros tres ya habían llegado. Se agarraban fuertemente a la valla metálica, mientras tomaban aliento.

Raúl era delgado y de tez oscura, con orejas grandes que sobresalían de su cabeza, nariz afilada y un largo y delgado cuello. Aunque llevaba unas gafas redondas de gruesos cristales empañados, Ramón podía ver sus ojos marrones.

Renata era pequeña y rechoncha, con el pelo pelirrojo y rizado, nariz respingona y ojos azules, que brillaban cuando sonreía. Ramón apostó a que era más o menos como Regina, unos años más pequeña que Raúl.

Rubén tenía la misma naricilla respingona y los mismos ojos chispeantes que Regina, pero era la mitad de alto que ella y tenía un pelo rubio que crecía en todas direcciones, sobre su cara perfectamente redonda.

Todos ellos estaban muy pálidos cuando se encontraron en el parque, pero, ahora, la piel de sus caras era de un rojo subido y parecían globos a punto de explotar.

- ¿Qué es esto? ¿Un campamento militar?

Regina negó con la cabeza.

- Pues ¿qué es?



- La casa de... - dijo Ramón todavía sin aliento.

- Ronaldo Rodríguez - interrumpió Renata, también boqueando.

- ¿Quién es...? - empezó a preguntar Ramón. Pero Rubén le contestó antes siquiera de que hubiese formulado la pregunta completa. Aunque era el más pequeño, era el que estaba en mejor forma de los cuatro.

Ronaldo Rodríguez, el hombre más rico de Jonia. Es dueño de casi todo el planeta. Vive... ¡Ahí!

En el mismo momento, el muro de un kilómetro de largo se abrió y apareció una enorme casa rodante, con el motor rugiendo. Atravesó el asfalto y se paró delante de la valla. Aunque estaba parada, el ruido del motor cada vez era más fuerte. Ramón se dio cuenta de que tenía alas y de que salía humo negro de detrás de ellas.

- ¡Es un avión! - gritó.

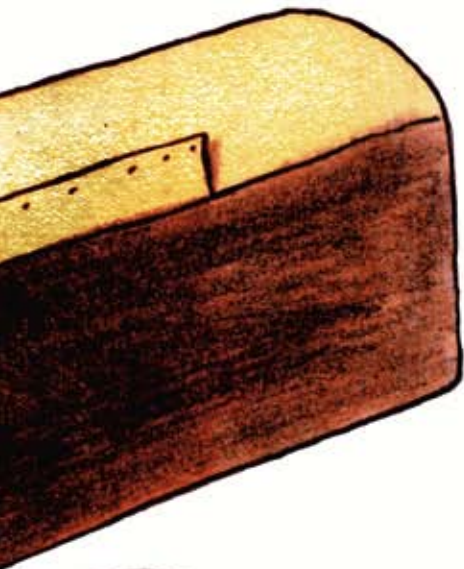
Apenas podía escuchar su voz, pero parecía que Rubén estaba acostumbrado a hacerse oír por encima de mucho ruido.

- ¡Exactamente! Es una lujosa aero-casa - gritó.

Entonces, ocho avionetas salieron del edificio. Atravesaron también el asfalto y se pusieron al lado del primer ingenio aéreo, mucho más grande y vistoso. El sonido de los motores era ahora insoportable, pero la voz de Rubén pudo oírse por encima:

- Ésas son las aero-casas que pertenecen a los demás miembros de la familia Rodríguez. Sus primos viven en las tres de color verde, su tío y su tía en la marrón, su abuelo y su abuela en la negra, sus hijos en las tres de color gris y sus gatos en la plateada. ¡Y aquí está el propio Ronaldo Rodríguez!

Una trampilla se abrió en el tejado de una de las avionetas. Un hombre salió y se mantuvo de pie en el techo. Llevaba puesto un traje de cuero y algo que parecía un



antiguo casco de aviador. Se lo quitó. Aunque su tez era grisácea y su pelo blanco, parecía sorprendentemente joven, sonriendo y agitando su casco en el aire.

Por un momento, Ramón se preguntó si Rodríguez le estaba saludando a él, pero entonces oyó una extraña mezcla de ruido de motores y voces detrás de él. Se volvió y se llevó un susto de muerte. Una columna de aero-casas se encaminaba directamente hacia ellos. Parecía que fueran a empotrarse contra la valla, aplastándolos a él y a sus nuevos amigos. Ése hubiera sido un final terrible para un día tan interesante. Ramón estaba a punto de gritar cuando una mano le cogió la suya: era Regina.

- No te asustes - dijo ella. - Todavía no.

Le habló bajito, pero, aún así, él la oyó perfectamente, porque, de repente, todo había quedado en silencio.

El estruendo de los motores había cesado. La más cercana de las aero-casas se había parado un metro detrás de ellos. Y el resto del convoy estaba alineado a lo largo de la valla. Ramón vio que habían sido los jonianos que se asomaban a las ventanas de sus aero-casas los que habían aclamado a Ronaldo. Ahora habían dejado de hacerlo y le miraban fijamente desde sus ventanas abiertas, como si estuvieran esperando que algún acontecimiento extraordinario estuviera a punto de suceder. Él los saludó desde su altura. (Porque, aunque alguna de las aero-casas tenían cinco o seis pisos, ninguna era tan grande como la lujosa residencia del señor Rodríguez). Parecía que estuviera subido en una montaña metálica.

Los jonianos que dirigían sus miradas hacia él parecían gente corriente, aunque sus caras pálidas daban a entender que hacía mucho que no salían de sus casas ni tomaban aire fresco.

Ahora, el resto de la familia Rodríguez estaba saliendo de sus lujosas aero-casas. Ellos también llevaban trajes de cuero y cascos, que se quitaron en cuanto estuvieron encima de sus avionetas y agitaron hacia la multitud de admiradores que les contemplaba.

- Mis más queridos amigos jonianos - dijo Ronaldo Rodríguez.

- ¿Qué va a ... - empezó a decir Ramón.

Regina le apretó la mano.

- Shhh - susurró ella. - Va a hablar.



- Mañana es nuestra fiesta nacional - continuó Rodríguez.

Hablaba en voz baja, suave y aterciopelada, pero áspera al mismo tiempo.

- Mañana demostraremos a todo el mundo que tenemos de todo y que nos atrevemos a hacer uso de todo lo que tenemos. Dejemos que nuestro lema sea el mismo de siempre: ÚSALO Y TÍRALO. Como de costumbre, competiremos en modalidades diferentes: Una para los grandes consumidores de combustible; otra para los que vierten el aceite más asqueroso, otra para los mayores emisores de gas; otra para los mayores consumidores de objetos de usar y tirar y otra para los mayores consumidores de energía eléctrica.

Mañana por la noche - continuó - todos los desperdicios que hayáis conseguido generar durante el día serán recogidos y almacenados en nuestros nuevos cohetes. Los cohetes serán enviados a la atmósfera y los harán explotar en unos festivos y coloridos fuegos artificiales, creando una lluvia de desperdicios. Mientras estén brillando en el cielo los gases, aceites y otros restos de polución, serán entregados los premios de las diferentes modalidades y daremos también un gran premio al mayor consumidor de todas las categorías de Jonia. ¡Y ese año el gran premio es...

En ese instante, llegó otra lujosa aero-casa. Era ligeramente más pequeña que la de Ronaldo Rodríguez, pero mayor que las otras ocho. Era dorada y brillante.

- ... de oro! - anunció Rodríguez. - El concurso comenzará a media noche. Que gane el que más consuma. Buena suerte a todos.

Al oír estas palabras, la muchedumbre rugió ensordecedoramente. Hubo un atronador rugido de motores cuando las aero-casas encendieron sus maquinarias al mismo tiempo. Ramón se tapó los oídos y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos el asfalto delante de él estaba vacío y las aero-casas se habían ido. Por un instante pensó que todo había sido un sueño, pero entonces se dio cuenta de que aún tenía cogida a Regina de la mano. La miró, se puso colorado y le soltó la mano.

- ¿Dónde se han ido todos?

- A su casa, a prepararse para el concurso.

- Tienen exactamente doce horas para prepararse - dijo Raúl.

Ramón parecía perplejo. Echó una ojeada a su reloj, pero se había parado a las doce y media. Esa era la hora en la que había visto Jonia por primera vez, centelleando en el cielo.

¿Hacía sólo hora y media? A él le parecía que había pasado mucho más tiempo. ¿O, tal vez, el tiempo se había detenido? No, eso no podía suceder. El tiempo es lo único que no puede pararse. De todos modos el tiempo seguía corriendo aquí en Jonia. Doce horas. No quedaba mucho tiempo. Aunque ya sabía la respuesta, no pudo por menos de preguntar:

- ¿Qué pasará dentro de doce horas?

- Todo el mundo intentará gastar toda la energía que pueda - dijo Renata.

- Aunque estamos en otoño, encenderán la calefacción que calienta las calles y la nieve se derretirá - dijo Rubén

- El agua de las piscinas se calentará hasta hervir - añadió Raúl.

- Abrirán los grifos del agua caliente a tope - dijo Renata.

- ¡Sííí! - dijo Rubén. - Y las aero-casas darán vueltas y más vueltas, intentando quemar la mayor cantidad posible de combustible. A muchos niños les comprarán una aero-casa de juguete para aprender a conducir. A mí también me regalarán una, ¡con lo que lo deseaba! Bueno... ahora ya no. Ya no creo que vaya a conducir mi aero-casa de juguete. O... bueno... sólo una vez.

- Y las aero-casas que no estén en el aire, estarán funcionando, aunque estén en tierra - dijo Raúl.

- Y las calles se llenarán de aceite - continuó Renata. - Todos los adultos fumarán, por lo menos cien cigarrillos. No porque les guste fumar, sino para usar sus encendedores lo más posible. La gente tirará todo el papel que pueda y...

- Los niños se tendrán que lavar los dientes tres veces al día con sus cepillos eléctricos - dijo Rubén exasperado. - Yo no creo que haya que lavarse los dientes ni una vez.

- ¿Qué deberíamos hacer? - dijo Regina. - Dinos algo.

Ramón estaba alucinado.

- ¿Yo?

- Sí, tú. Por eso estás aquí ¿no? Creíamos que serías capaz de ayudarnos después de que te contáramos cómo iban las cosas.

Ramón se quedó helado, aunque en Jonia hacía calor.

- ¿Y por qué creáis eso?

Los ojos de Renata brillaban cuando le miró.

- Porque eres un gurú de la lluvia - dijo.

- Y vienes de la Tierra - dijo Raúl.

- Pero aquí también hay gurús de la lluvia... - dijo Ramón.

- Sólo nosotros cuatro - dijo Regina tristemente. - Los problemas nos sobrepasan. Son demasiado grandes.

- Pero hemos oído que los gurús de la lluvia de la Tierra saben lo que hay que hacer para salvar su planeta - dijo Rubén. - Teníamos que traer un terrícola hasta aquí y tú fuiste el elegido.

Ramón sacudió el cabeza, confundido.

- ¿Yo? ¿Y por qué yo? - preguntó.

- Porque eres uno de los gurús de la lluvia más curiosos del universo - dijo Renata. - Lo que significa que, probablemente, sabes un montón.

- No - dijo Ramón. - Eso significa que no sé casi nada. Por eso tengo tanta curiosidad por las cosas.

Los otros tres se quedaron mirándole fijamente.

- ¡Oh, no! - dijo Rubén finalmente. - ¡Maldita sea!

- Y, además..., yo... no soy... un gurú de la lluvia... normal - tartamudeó Ramón. - Quiero decir que... ni siquiera sabía que lo era... hasta hoy, así que...Yo... no tengo... No. No puedo ayudarlos.

Raúl, Renata y Rubén se quedaron pasmados, como si no hubieran comprendido nada de lo que había dicho. Él miró a Regina, desesperado. Estaba pálido, blanco como la cera. Ella bajó la mirada al asfalto.

- Pero hay algo que me he estado preguntando - dijo Ramón.

Lo dijo sin pensar, pero sabía que si empezaba a preguntar algo sobre cualquier cosa en la que estaba interesado, las respuestas solían llegar, de una manera u otra.

Regina levantó la vista y le miró.

- ¿De verdad hay muchos gurús de la lluvia en la Tierra?

Regina asintió con la cabeza.

- Entonces, muchos de ellos llevan siendo gurús de la lluvia mucho más tiempo que yo.

Ella volvió a asentir.

- ¿Y todos son tan curiosos como yo?

- Bueno... casi todos - dijo Regina.

- Pero ahora tú eres el que más - dijo Rubén.

- Entonces, muchos de ellos tienen que saber un montón más que yo - dijo Ramón.

Regina asintió por tercera vez. Y Ramón también asintió, esta vez.

- Es lo que me imaginaba - dijo.

Rubén le dio un golpecito en el hombro.

- No estés triste. No importa cuánto sepas, siempre hay alguien que sabe más. Yo mismo he encontrado...

- ¡Ya lo sé! - interrumpió Regina.

- ¿Ya os he contado esto? - preguntó Rubén sorprendido.

- Cállate Rubén - dijo Regina impaciente. - Ramón, vuélvete a la Tierra inmediatamente.

- Pero...

- Desde luego, tienes que hacerlo - dijo Renata.

-Pero...

- Tienes que buscar a los gurús de la lluvia que conoces y preguntarles.

- Preguntarles ¿qué?

- Todo sobre lo que tengas curiosidad.

- ¡Es que tengo curiosidad por todo!

- Ya lo sé - dijo Regina. - Pero ahora estás preguntándote como puedes ayudar a Jonia, ¿no?

- Bueno, sí. Pero de toda la gente que conozco, no sé quiénes son gurús de la lluvia y quiénes no - dijo Ramón.

Regina le dio una hoja de papel.

- Aquí tienes una lista. Venga, vete. Pero recuerda que tienes que volver antes de medianoche.

- No lo conseguiré - dijo Ramón. -Sólo tengo doce horas.

- El tiempo es un poco diferente aquí - dijo Raúl mirando al cielo.

- Más o menos como la mitad de lento.

Ramón miró también al cielo.

- ¿Y cómo se supone que voy a volver a la Tierra?

- Usando la peonza como la usaste para venir aquí, naturalmente, -dijo Regina. - Por cierto, que te la dejaste en el parque. Pero yo te la he traído.

Y se la tendió.

- ¿Y por qué no vienes conmigo? Tú te sabes el camino.

- Tú mismo lo encontrarás. Es divertido poder hacer lo que tienes que hacer.

Le sonrió.

- Además, no me siento con fuerzas para viajar. Casi no tengo energías. Tengo que recuperarme.

- A mí me pasa lo mismo - dijo Rubén. - Casi no tengo fuerzas ni para lavarme los dientes con el cepillo eléctrico...

- Pero tú, en cambio, estás lleno de energía - dijo Raúl.

- Sí. Tienes más que suficiente - dijo Renata.

- ¿Cómo podéis saber eso? - preguntó Ramón.

- Porque eres nuestra única esperanza - dijo Regina sonriéndole.

- ¡Por favor! - dijo Renata.

- ¡Inténtalo! - dijo Raúl.

- De acuerdo - dijo Ramón. - Lo intentaré.

- ¡Éste es nuestro chico! - dijo Rubén, dándole otro golpecito en el hombro.

Ramón se arrodilló y apretó el mango de la peonza hacia abajo con todas sus fuerzas. La peonza empezó a girar, pero no despegó del suelo. Volvió a intentarlo y le pasó lo mismo. Lo intentó otra vez. No.

Ramón volvió a ponerse de pie.

- No funcionará, porque yo tampoco tengo suficiente energía para ponerla en marcha.

Entonces Regina fue hacia él.

- Ramón - le dijo bajito. Y le dio el abrazo más fuerte que le habían dado en toda su vida. Fue como si todo el calor de las mejillas de la niña entrara en él, repartiéndose por todo su cuerpo.

- Ahora ya tienes energía suficiente - le volvió a susurrar.

Ramón estaba tan colorado como un tomate, y lo sabía.

Se volvió a arrodillar y arrancó la peonza con todas sus fuerzas y toda la energía que le había dado Regina.

Ramón remontó el vuelo hacia el cielo abierto. Había empujado el mango de la peonza incluso con más fuerza que la primera vez. No había visto ningún claro en el escudo de gas que cubría el planeta por encima de él, pero ya no tenía tiempo de rectificar la trayectoria. Cerró los ojos. Estaba seguro de que se iba a estrellar. Sin embargo, en un instante había atravesado el escudo. La capa de gas no era realmente un escudo: era simplemente gas. Antes no sabía lo que significaba “escudo de gas”, pero ahora sí.

Echó una ojeada hacia atrás. El cielo era azul y estaba vacío y, en algún sitio bajo él había cuatro gurús de la lluvia mirando hacia arriba, fijamente, esperando la ayuda que no estaba seguro de poder brindarles.

